

A MEDIA ALTURA

M^a Carmen Gil del Pino
 Profesora dpto de Educación
 Facultad Ciencias de la Educación
 Universidad de Córdoba
 Noviembre/04

Tiempos de adormecimiento vivimos, un adormecimiento la mar de grande. Reposamos confiados sobre mullidos colchones de lana. Al acecho, desvelada, una mano temible. Se levanta sigilosa, como un espectro. Ata fuertemente con finos cordelillos nuestros labios, manos y pies, y nos eleva a media altura.

Hemos venido a dar frente a una densa humareda. Ni vemos los unos ni son vistos los otros. Todo es borrosidad y confusión. No acertamos a distinguir más allá de la bruma. Adivinamos una enmohecida alambrada. Juan, Nadime, Pedro, María, Natasha, Obdulia, Marta, Asrin, Ivan, Stephen..., se tambalean, parece, tras ella. En nuestro asombro silente contemplamos, a duras penas, que caen agonizantes, pálidos y lívidos. ¡Triste suerte la suya! ¡Triste situación la nuestra! La mano amontona y ata, como si fueran del todo semejantes, numerosos cuerpos. Descansa ligeramente y, pasados unos momentos, prosigue. Una y cien veces repite la acción. Aún no contenta, para hacer cómplices a nuestros sometidos ojos y helar la sangre de nuestras venas, nos arrastra hacia los haces de personas. Los rasgos de sus rostros han cambiado de tal forma que no podemos reconocer a nadie. Pone fin a tanto y tan vergonzoso daño moviendo nuestros labios y haciéndonos pronunciar sus nuevos nombres: blanco, árabe, judío, mujer, rumana, homosexual, inmigrante, musulmán, gitano, pobre. Mas, ¿quién es ahora Nadime, si era árabe, inmigrante y musulmana al mismo tiempo?; ¿y María, mujer, blanca, pobre y rumana?

¿Dónde está la gente de carne y hueso?; ¿dónde la que sufre, sueña y ama? Un nudo ahoga mi garganta. Abatida, terriblemente abatida, no puedo seguir pronunciando palabras, y menos alargarme en ellas. Dejo que hable un rato por mí la angustia.

Heridos estamos de muerte. Quebrados. Se ha abierto una profunda brecha entre nosotros. Sostenidos en el quieto, sucio y bajo aire, no podemos ver a los demás sino como seres abstractos -problemas, recursos o fenómenos sociales-. No son ya personas. La mano mueve los sutiles hilos y nos enseña las monstruosidades que impunemente reciben esta denominación: empresas, delegaciones, filiales, aseguradoras, compañías, entidades bancarias y demás organizaciones. Éstas son las que realmente tienen derechos –*personas jurídicas*, oímos de nuestros propios labios-; las verdaderas se ven privadas de los más elementales.

¡Ay si pudiésemos conseguir que la mano enemiga aflojase! ¡Ay si descendiésemos a ras de suelo! ¡En la bajura y en la cercanía, próximos unos a otros, otra vez Nadime, y otra vez Juan, y Pedro y María: el dolor en los ojos, la calidez, la risa, la ternura, el amor! ¡Otra vez literalmente cosidos! Cara a cara, piel con piel, retornados del humo, en la tierra, nuestra natural región, percibiríamos la primera gran verdad: que todos somos diferentes.

¿Y si cortásemos los cordelillos y ejerciésemos la fuerza del ala? Haría falta, desde luego, armarse de valor hasta los dientes, pero, ¡sería tan hermoso elevarnos hacia las alturas, nuestra otra región, y volar más allá de donde los ojos alcanzan! Nos impregnaríamos de la segunda importante verdad: que todos somos iguales. No apreciaríamos desde allí la envoltura material de

cada uno, no su esplendor ni su gloria. Tan sólo veríamos seres desnudos y débiles ceñidos por el alba; tan sólo vulnerabilidad común, sustancia compartida; tan sólo veríamos humanidad.

¡Ay si despertásemos! Ni un solo momento puedo dejar de desearlo.